LA HABANERA FINAL

Páginas de ejemplo.

El camino por Occidente, no fue muy malo ya que en el Departamento Occidental el ejército tenía bien ocupado el territorio, lo contrario que en Oriente, el Departamento Oriental, donde únicamente las poblaciones de cierta entidad estaban ocupadas por las tropas, quedando las zonas rurales, casi por completo, en manos de los rebeldes por lo que, cualquier movimiento anunciado o muy visible, con tropas de poca entidad, era una irresponsabilidad rayana con el suicidio. Durante mi estancia en Santiago de Cuba me había acostumbrado a hablar como los criollos y nombrar las divisiones departamentales como Oriente y Occidente, en lugar de Departamento Oriental y Departamento Occidental; y a entender en el sur de Oriente que cuando ellos decían Cuba se referían a la ciudad de Santiago de Cuba y no a la isla.

El sargento me pareció un buen hombre pero no me duró mucho su compañía tal como paso a relatar a continuación.

Tras dejar atrás Santa Clara, lugar de la segunda entrega, y después de haber pasado los puestos de vigilancia de la trocha que dividía la isla desde Júcaro a Morón a la que llamábamos la Trocha Grande o trocha Júcaro-Morón, entramos en Oriente con todas las consecuencias y entre ellas las más peligrosas eran las partidas de mambises. Con cada tranco de nuestro caballo, todos nuestros sentidos alerta, llegamos a sentir el dolor mental de la misma atención y vigilancia ante lo que pudiese ocultar cualquier piedra o matorral. Pero a pesar de nuestro cuidado, no pudimos evitar la traidora emboscada.

Cuando más distraídos íbamos una tarde, por el estrecho camino que cruzaba una manigua con vegetación media, de entre las yerbas surgieron varios hombres, eran una partida de mambises armados de largos machetes cortacañas y que, sin mediar palabra, intentaron inmovilizarnos sujetando las riendas de los caballos. No podía utilizar mi fusil Máuser 1893 por llevarlo terciado a la espalda y tiré de la bayoneta mientras ponía las riendas entre mis dientes y hacía caracolear al animal. Empujé con el pecho de mi jaca a dos de los insurrectos y volví a hacerla girar mientras sacaba de la funda del arzón mi machete largo. Con la bayoneta en una mano y el machete en la otra, cargué contra ellos y conseguí abatir a uno y dejar malherido al otro con un buen corte en un brazo, pero no sin poder impedir que el primero, antes de caer, hundiese una buena porción de su facón en el costado de mi animal, muy cerca de mi rodilla derecha. Espoleé a la pobre jaca que protestó como diciendo que no le insistiese más, que ya había recibido lo suyo, y la lancé contra los cinco que estaban intentando derribar al sargento, que se defendía dando mandoblazos con su sable.

Pude ver cómo hundía la hoja en el pecho de uno de ellos y conseguía separarse de los otros con una corbeta del caballo. Me di cuenta en el acto de que los mambises no parecían querer dañarlo seriamente y comprendí que deseaban cogerlo vivo. Al acercarme, dos de ellos cambiaron el objeto de sus deseos y comenzaron a lanzarme tajos de tal manera que comprendí enseguida que yo sí que era prescindible y que sus intenciones hacia mí eran muy distintas. Mientras empujaba con el pecho de la jaca a uno de los insurrectos, lancé un tajo con el machete y conseguí alcanzar al otro, un hombre blanco que, con un chillido que me heló la espina dorsal, cayó al suelo llevándose mi retamero incrustado en su rubia cabeza y mirándome con ojos de odio anegados por su propia sangre, al igual que ya lo estaban el resto de su cara, el cuello y la pechera de la chaqueta de sarga gris que llevaba.

—¡Alonso, por Dios, a mí, a mí! —oí la voz dolorida del sargento, pero no pude girarme hacia él porque el otro mambí, un mulato alto y delgado como un junco, se me acercaba con su enorme machete levantado.

—Maldito seas, voy a quitarte los riñones y voy a dárselos de comer a mis perros, luego me comeré tu hígado crudo —me dijo entre dientes, con una voz ronca en la que eché en falta su característico y cantarín acento, puede que eliminado por la rabia que debía de sentir al ver muertos a varios de sus compadres. Era un negro claro imponente dentro de su musculosa delgadez, cuyos enormes y blancos dientes parecían decirme que estaban gozando de antemano del festín que se iban a dar conmigo o, al menos con mi hígado, tal como había dicho.

Mi noble jaca, ya en el límite de su resistencia, dobló las rodillas muy malherida y resopló con fuerza mientras el insurgente, ya ante mí, daba una volea con su larga cuchilla para intentar rebanarme el cuello. No pudo hacerlo, salté de la silla encima de él antes de que completase su acción, llevándomelo al suelo donde caímos, él de espaldas y yo de rodillas sobre su pecho. Sonó un chasquido que me indicó que alguna de sus costillas había saltado hecha añicos y, antes de que se recuperase del golpe, le clavé la bayoneta en el pecho.

Sin esperar a que aquel coloso dejase de moverse, me levanté y descolgué mi fusil, pero al ver lo que pasaba unos metros más allá lo tiré al suelo y tras recoger el machete del rebelde de su mano, corrí hacia el lugar en que el sargento, tendido en el suelo, se debatía entre los dos mambises que intentaban reducirlo. Antes de que se diesen cuenta de mi proximidad, uno de ellos, otro blanco con cabello moreno, se quedó sin su brazo derecho al recibir un machetazo que se lo segó por el hombro. El otro mambí, asustado por el grito de su compañero, se giró y fue lo suficientemente rápido y experto para bloquear con su hoja el envite de la mía que se soltó de mi mano y cayó a tierra. Sujeté como pude la muñeca de mi adversario y rodamos por el suelo; él, intentando abrirme otro ojal en la camisola con su cortacañas y yo, rezando a todos los santos para que no lo consiguiese. De su reluciente cara y de su desnudo y atlético pecho de mulato, gruesas gotas de sudor caían sobre mí mientras yo notaba como se clavaba en mi espalda algo duro y compacto. Comprendí en un relámpago de lucidez que debía de tratarse de otro de aquellos terribles facones y me arqueé con fuerza para separarme un poco notando con el impulso como si el mango, bajo mi cuerpo, intentase introducirse entre mis omóplatos; olvidé el dolor y conseguí dar otro empellón separándome apenas una cuarta y arrastrando conmigo al mambí que continuó encima. Sujeté con coraje la muñeca de su mano armada con una de las mías mientras que, soltando su otra mano estiré mi brazo en busca del machete del suelo. El mambí no entendió mi movimiento y lo aprovechó echar todo su cuerpo sobre la mano del machete a la vez que introducía con muy malas intenciones el dedo pulgar de su mano libre en uno de mis ojos.

Era cuestión de segundos el que consiguiese hundir su arma en mi cuerpo o su dedo en mi ojo. Pero mi mano ya había topado con el machete y mientras lo asía por el mango, podía ver en la cara de mi enemigo una gran sonrisa de triunfo que tuve el placer salvaje de trocar en incredulidad, dolor y desesperación cuando él, con los ojos desmesuradamente abiertos y un ronco estertor, recibió más de una cuarta y media de la ancha hoja que introduje en su costado derecho con un golpe seco en el que iban todas mis reservas de fuerza. Lo miré, encima de mí y con respiración aún, aunque muy dificultosa. Lo empujé a un lado y, mientras decidía si lo remataba o no, intenté ponerme en pie sin conseguirlo.

Tras unos instantes de recuperación en que me acordé de todas las Vírgenes y Santos de mi pueblo, me levanté exhausto, agotado y resollando como un fuelle lleno de agujeros. Miré a mi alrededor y no pude entender lo que acababa de suceder. Al menos el sargento, el mulato que me había quitado de encima y otros dos insurrectos más, parecían contener algún hálito de vida. Habíamos terminado con siete fieros mambises sin utilizar armas de fuego, con sus armas preferidas y en las que eran verdaderos expertos. El manto de la Virgen había hecho de escudo protector y no pude menos de alegrarme al comprender que, por sus ropas y sus armas, aquellos atacantes debían de ser nuevas adquisiciones de la guerrilla mambí y no veteranos de la última gran confrontación capitaneada por su general Martí; creo que ni tan siquiera estarían encuadrados aún en los regimientos organizados por los insurgentes ya que, si así hubiese sido, si fuesen gente veterana, no hubiésemos durado ni dos minutos en caer y morder el polvo con el cuello cortado o el pecho abierto. La realidad volvió a mí al oír un fuerte quejido. Era el sargento que se removía en el suelo con grandes gemidos. Entre las heridas sufridas y por las que se le escapaba abundante sangre, debía de haber recibido alguna lo suficientemente seria como para impedirle moverse con facilidad. Así era en efecto.

Estaba tendido en el suelo, al lado de su fiel caballo que parecía no querer abandonarlo, con un feo corte en la sien por el que parecía verse el hueso agrietado y algo más que asomaba por detrás de él. Intenté levantarlo pero alzó un brazo para impedírmelo.

—Me he debido de hacer mucho daño en la espalda al caer del caballo porque no puedo moverme y ni siquiera siento las piernas —me dijo en un tono resignado que me puso los pelos de punta—. La cabeza parece que no es mía, uno de esos cabrones me ha golpeado con una porra y me ha dejado fuera de combate. Construye una camilla parihuela y sujeta los largueros a uno de los caballos, luego colócame encima y llévame al siguiente puesto de entrega que es el hospital de Vista Hermosa.

…………………………………………….

………………………………………………..